

El segundo anuncio del Evangelio para revitalizar la fe

Dr. Francisco Julián Romero Galván

Director de la Comisión de Evangelización, Catequesis y Catecumenado de la CEE

Los artículos precedentes nos ponen en sintonía en lo que deseamos reflexionar en este número de la revista *Actualidad Catequética para la Evangelización*. El hombre de hoy se sitúa ante lo religioso de una manera concreta. Esta la tenemos que acoger y respetar como evangelizadores si queremos responder a las necesidades que él tiene y si deseamos proponerle el Evangelio del Señor para que descubra el amor de Dios y su salvación. Estar con él, compartir su vida, escuchar, diálogo, propuesta del kerigma... Debemos evangelizar desde unas nuevas claves, pero ofreciendo a Jesucristo con toda su autenticidad. No ofrecemos la vida de Alguien del pasado, sino del presente que ilumina la vida y da un horizonte nuevo, un sentido genuino. Solamente quien se encuentra con Jesucristo, se deja amar por él, lo ama, lo sigue y lo imita encuentra el gran tesoro. No podemos ofrecer en primer lugar una doctrina, sino a una Persona, a Jesucristo. El encuentro con él permitirá la búsqueda constante del bien, de la belleza, de la verdad. Quien se encuentra con él se interroga, se pregunta... y espera respuestas. Jesucristo es la verdad que da respuesta a todo lo que anida en lo profundo del corazón del hombre.

En efecto, el encuentro con Cristo consigue que algunos soliciten a la Iglesia el bautismo porque desean ser cristianos. Por otra parte, muchos de nuestros contemporáneos han recibido en su infancia el bautismo, pero no participan de la vida de fe. A ellos hace falta anunciarles de nuevo el kerigma para que se encuentren con el Señor y puedan

revitalizar su vida cristiana. En nuestro contexto estos últimos son una mayoría. Esta realidad nos exige a la Iglesia incrementar el segundo anuncio, la segunda propuesta de Jesucristo. Es mucha la mies. Los trabajadores tienen que trabajar sin descanso. Él estará con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos. Es un reto precioso el que tenemos. La alegría del Evangelio hay que volverla a proponer a los hombres de nuestro siglo que necesitan, quizás, más que nunca, una luz que pueda orientar sus pasos.

Llamados a evangelizar

Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos (Mt 28,19-20).

Este imperativo de Jesús a sus discípulos sigue resonando en las entrañas mismas de la Iglesia. En efecto, todo bautizado porque es profeta, está llamado a proclamar la buena noticia del Señor a sus contemporáneos para que conozcan a Cristo, se encuentren con él, lo amen, sean sus discípulos y lo imiten en su vivir cotidiano. Solo así podrán tener vida y una vida en abundancia. Jesucristo es el verdadero modelo de hombre. Presentar la vida del Hijo de Dios, su palabra y su obra al hombre de nuestro tiempo es ofrecerle un don para que su vida tenga sentido y pueda ser vivida de manera auténtica. Evangelizar, por tanto, sigue siendo para la Iglesia un imperativo en este momento de la historia.

Ahora bien, solamente quien ha sido evangelizado, se ha encontrado con Cristo y vive en intimidad y en comunión con él puede hacer prender en otros el don de la fe que posee. Cuando el creyente no vive con Cristo pierde el ardor, el fuego por transmitir la fe. Cree en unos principios, en unos conceptos, en unos valores..., pero no en una persona que da sentido y horizonte a toda su vida¹. Sin vida con Cristo y en intimidad con él no puede haber transmisión de fe, el cristiano pierde su ser profeta.

¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

El papa Francisco nos dice que debemos ser conscientes de que en nuestra tarea de evangelizar Dios nos primerea². Efectivamente, antes de que nosotros lleguemos por el testimonio y la palabra, el Señor ya ha estado primero y ha hecho actuar su gracia en la persona a la que queremos transmitir la fe. Tenemos que sabernos unos instrumentos en las manos del Señor. Es él quien realiza la evangelización, aunque quiere contar con nosotros. Por eso siempre nos precede en la acción y continúa después de nosotros. Además, el santo padre nos invita a evangelizar siempre con alegría. Los hombres de hoy no pueden recibir la buena noticia del Evangelio a través de evangelizadores tristes y desalentados, sino de discípulos que irradian alegría y paz³.

En nuestro tiempo

El discípulo misionero⁴ es un enamorado de su contexto y de sus contemporáneos. Vivimos en un tiempo concreto, ni mejor ni peor que otros, sino que es el que es, el nuestro, con sus aciertos y errores, con sus valores y contravalores. En ese mundo del que formamos parte no estamos solos, otros viven con nosotros y compartimos la vida en todo su sentido. Con nuestros prójimos debemos compartir lo que somos y lo que son y anunciarles la buena nueva de Jesucristo si no la conocen.

Sin ser exhaustivos, podemos describir la sociedad y la cultura en la que estamos integrados como una realidad secularizada. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven como si Dios no existiera, organizan su vida sin tenerle en cuenta para nada, más aún, en muchas ocasiones lo rechazan y lo ponen en duda. La ciencia y la técnica dan el criterio de verdad. Va apareciendo una nueva antropología y el hombre es considerado un ser líquido. Ya no estamos bajo el paraguas del régimen

² «La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos» (FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 24). (EG 24).

³ Cf. EG 10.

⁴ Cf. EG 119.

de cristiandad en el que Dios ocupaba el centro, y la vida social y cultural giraba en torno a él. Estamos en busca de una nueva época que empieza a despuntar. Hemos crecido en sensibilidad, en igualdad, en ser generadores de paz. Este tiempo nuevo lo tenemos que aceptar con realismo, sabiendo que en él estamos llamados a proclamar el Evangelio de Jesucristo pretendiendo que nuestros semejantes se encuentren con el Maestro y lo sigan⁵. Todo un reto ilusionante y esperanzador para la Iglesia que vive en este siglo. El entusiasmo de los creyentes y la acción del Espíritu permitirá que el mandato misionero de Cristo pueda hacerse realidad.

Volver a proclamar el Evangelio: el segundo anuncio

El Evangelio es para todos los hombres y mujeres. Nadie queda excluido de él. Cada persona tiene derecho a que la Palabra de Dios le llegue y pueda calar en sus entrañas, despertando la fe, creciendo en ella y dando frutos. Ahora bien, el campo en el que tenemos que sembrar la semilla es el corazón de los hombres de nuestro tiempo. Algunos escucharon el Evangelio por vez primera, pero una inmensa mayoría, especialmente de adultos, que en su infancia y adolescencia ya la recibieron, ahora se encuentran alejados de Dios y de la fe, se muestran indiferentes ante ella o la rechazan. Estos en su día recibieron una catequesis adaptada a su edad y celebraron los sacramentos de la iniciación cristiana, al menos el bautismo. Esta gran legión de jóvenes y adultos tienen que ser destinatarios de un anuncio explícito del Evangelio si la Iglesia, que es madre, desea seguir cumpliendo el mandato misionero de Cristo. Para ellos no será el primer anuncio evangélico, será la segunda propuesta. Esta propuesta desea llegar al corazón del oyente, hacer que el mensaje sea provocador, le interese y pueda dar respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. Efectivamente, cada comunidad

⁵ Una descripción más exhaustiva de la realidad social y cultural en la que vivimos y a la que estamos llamados a evangelizar la podemos encontrar en: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Fieles al envío misionero. Líneas pastorales 2021-2015* (Madrid, EDICE 2021) 11-32.

cristiana, cada discípulo de Cristo como discípulo misionero, sabe que una gran masa de personas lo están convocando a que transmitan la belleza de la fe. Es una gran interpelación para la Iglesia.

¿Cómo y quiénes han de realizar el segundo anuncio?

La primera cuestión que debemos aclarar es quiénes lo deben realizar y cómo comenzar el segundo anuncio del Evangelio. En efecto, la comunidad cristiana es la responsable última de la transmisión de la fe⁶. A ella le compete proclamar la buena nueva y engendrar nuevos discípulos de Cristo, ejercer la maternidad espiritual. Cada uno de los bautizados, marcados por el sello del profetismo en su bautismo, está llamado a salir a los entresijos del mundo en el que vive y compartir con sus contemporáneos sus gozos y alegrías, sus tristezas y esperanzas⁷. Por tanto, cada discípulo de Cristo, imbuido de un fuerte ardor evangelizador, está llamado a llevar la semilla del Evangelio a su vida familiar, laboral, de relaciones humanas, en la red social en la que se mueve y en las realidades culturales en las que participa. Allí, en contacto con los hombres y mujeres, proclamará el kerigma, es decir, que el Señor nos ama, murió y resucitó por nosotros, nos acompaña... posibilitando que la fragancia del amor y de la misericordia divina se hagan presentes con el fin de ofrecerles una nueva vida. Después, a los que se les despierte la fe y el deseo de seguir a Cristo, se los acompañará para que sean iniciados en la fe, en la conversión y en la vida cristiana hasta alcanzar la madurez⁸. Se trata de ser una Iglesia que sale en busca de sus prójimos para ser un hospital de campaña y allí, en el corazón del mundo, anunciar a Jesucristo con espíritu misionero. Por tanto, la tarea del anuncio es cuestión de todos y cada uno de los cristianos. No puede ser un servicio que se delegue.

Clarificada la primera cuestión de quiénes son los que deben anunciar el Evangelio, abordamos el cómo hay que hacerlo, de qué manera

⁶ Cf. EG 11-134.

⁷ Cf. GS 1.

⁸ Cf. EG 31-34.

presentar de nuevo a los ya bautizados y no evangelizados la buena noticia de la salvación.

«El hombre de hoy cree más a los testigos que a los maestros, y si cree a los maestros es porque son testigos»⁹ decía san Pablo VI. Esta verdad ilumina nuestra acción evangelizadora. Se transmite la fe en Jesucristo más por las obras que por las palabras. El testimonio personal y eclesial provoca interrogantes, dudas, inquietudes... que permiten a quien observa el testimonio la búsqueda de la razón de ese comportamiento o actitud. Aquí la gracia de Dios lleva a la persona a pedir razones al testigo de por qué actúa de esa manera¹⁰. Comienza el acompañamiento eclesial.

Efectivamente, la primera acción del cristiano es estar, compartir la vida. Allí ofrece su testimonio personal con coherencia. El discípulo de Cristo se sitúa ante lo que los otros viven, los escucha, sirve, acompaña...y pone en juego su caridad enraizada en el amor a Dios y en el amor de Dios. Este testimonio provoca inquietud. En este momento surge el diálogo que es el camino para buscar, discernir, ver lo que sucede, poner a flote la oscuridad, las dudas. Al mismo tiempo, el testimonio puede generar indiferencia o crítica en la persona. No siempre el testimonio arranca deseos nobles, en ocasiones genera rechazo y se pone en tela de juicio a quien lo proporciona. Lo cierto es que el testimonio siempre provoca una reacción que puede dar paso a una acogida de la verdad de la fe o a un rechazo de esta. La persona nunca permanece indiferente.

Normalmente quienes están más abiertos en su interior al testimonio son aquellos a quienes la existencia los zarandea, bien positivamente, bien negativamente. Las heridas de la vida, la enfermedad, el sufrimiento, la soledad, la pobreza, los acontecimientos gozosos como el nacimiento de un hijo, el progreso en la realidad vital... hacen vulnerable a la persona que en esos momentos se predispone mejor al testimonio de la caridad. En medio del diálogo y del acompañamiento,

⁹ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 41 (EN 41).

¹⁰ Cf. EN 21; EG 33.

se vuelve a anunciar a Jesucristo, su amor, su misericordia, su cercanía, su salvación a quien está lejos de él. Debe posibilitar el encuentro efectivo y afectivo con él. Anima a que se abra a la gracia y busque a Jesucristo con el fin de que ilumine su existencia y dé respuesta a lo que está viviendo. Acompaña para que tenga simpatía por Jesucristo y su Evangelio y adquiera una predisposición a escuchar del seno de la Iglesia una palabra de vida y esperanza¹¹.

Cuando la persona se muestra abierta y predispuesta a querer revitalizar la vida cristiana, el primer paso que se tiene que dar es ayudarla por medio de una precatequisis a consolidar su decisión. Mas adelante, después de recorrer esta etapa, realizará la etapa catequética en la que se afianzará como cristiano y madurará en la fe inicial y en el deseo de conversión con el que empezó a redescubrir la fe. Así nos dicen los obispos españoles que tiene que ser el tiempo de la precatequisis:

La precatequisis es un tiempo de búsqueda (RICA 6) en el que el adulto, interesado por el Evangelio, busca al Señor. Este carácter de búsqueda, con vistas a una firme opción de fe, es lo que define a esta etapa, condicionando su específica metodología.

La precatequisis es la acción con la que la Iglesia acoge y acompaña al hombre que, aunque bautizado en la infancia, queda ahora impactado por el anuncio del misterio de Cristo. Intuye que algo nuevo, aún no descubierto, se encierra en él: ninguna persona se lo hizo ver o, al menos, no tiene conciencia de haber podido vivir esa ocasión.

Esta inquietud o interrogante es ya fruto de la gracia. El Espíritu Santo, maestro interior, suscita, sostiene y alimenta esa pequeña llama por la que el hombre busca al Dios vivo. En la precatequisis el adulto cuenta ya con un primer dato espiritual: la sed de Dios, el interés por el Evangelio¹².

El testimonio de la caridad y de servicio al hombre y al mundo puede provocar también en algunos creyentes la inquietud de verse lejos de la verdadera vida de fe. Entonces se preguntan el porqué de esa

¹¹ Cf. EG 34.

¹² COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequisis de adultos. Orientaciones pastorales* (Madrid 1990) 204. (CA)

forma de vivir de la que ellos no participan, no la conocen, naciendo el deseo de querer revitalizar la fe y aprender los tesoros de la vida cristiana, recorriendo un proceso de iniciación a la vida cristiana.

Otras veces, la precatequesis se dirige a adultos en quienes la religiosidad está ya presente. No vienen de una situación de lejanía. Se trata, entonces, de ayudarlos a descubrir el verdadero rostro de Dios de la redención, tal y como se ha manifestado en Jesucristo. A pesar de tantos años de práctica religiosa aún no lo han descubierto.

Impactados también por el anuncio del misterio de Cristo e intuyendo igualmente que algo nuevo, nunca percibido, se oculta en él, desean, a partir de su religiosidad, buscar el verdadero rostro del Dios de Jesús¹³.

Efectivamente, la comunidad cristiana sale al mundo para vivir su fe y dejar rastro testimonial de su vida cristiana. Quienes son interpelados por la forma de ser y vivir preguntan el porqué a los testigos. Ellos les responden con naturalidad y sencillez ofreciendo las razones que sustentan el vivir de ese modo. Esta Iglesia en salida no surge de modo espontáneo, y menos en estos momentos en el contexto eclesial en el que vivimos. Las comunidades cristianas han de ser educadas para ser misioneras, para salir y evangelizar a sus contemporáneos sin miedos ni complejos. A la formación hay que añadir la necesidad de animar a los creyentes para que tengan estos criterios y emprendan estas acciones para evangelizar. El Espíritu Santo nos precede y acompaña, impulsa la acción y fecunda la obra. El Señor estará con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos.

Hay que dedicar tiempo a formar a la comunidad cristiana para que realice con ardor el segundo anuncio con nuevos lenguajes y nuevos métodos. La propuesta evangélica, se les dirá, será fecunda si está relacionada con lo existencial y es capaz, como ya hemos dicho, de responder a las preguntas, dudas e inquietudes de aquellos que están en camino hacia Dios. Tiene que ser una evangelización de persona a persona, sin grandes teorías, sino más bien propuestas esperanzadoras para una persona que necesita encontrar la luz de la belleza y la verdad de la existencia.

¹³ CA 204.

No olvidemos que la acción misionera y la conversión son un don gratuito de Dios que sale al encuentro del hombre entre los entresijos de su historia y lo invita a poner los ojos en él. La persona responde a esa invitación con su adhesión de fe, o la negación a la propuesta, así se la hace consciente que su historia es una historia de salvación en la que interviene Dios de modo gratuito y la acompaña en su devenir, salvándola y amándola misericordiosamente.

¿A quién destinar el segundo anuncio?

Los destinatarios de nuestro anuncio del Evangelio los podemos clasificar del siguiente modo:

1. Aquellos que, aunque poseen la gracia bautismal, no han completado los sacramentos de la iniciación cristiana. Les falta recibir la eucaristía o la confirmación, o los dos sacramentos. Fueron bautizados de pequeños, pero no han recibido el resto de los sacramentos iniciáticos.
2. Adultos que fueron iniciados en la fe de niños y recibieron los sacramentos de la iniciación cristiana, pero a los que las experiencias de la vida, el mal ejemplo de algunos creyentes, el desinterés de su familia, el interés por otras cuestiones y valores los hizo alejarse de la fe y organizar su vida sin tener en cuenta a Dios.
3. Adultos que se consideran cristianos, pero les falta hacer un proceso de iniciación para madurar su fe y profesarla con autenticidad. Algunos miembros de la comunidad de fe precisan consolidar su ser creyente poniendo raíces y cimentando su fe y su conversión. Nos referimos, entre otros, a personas vinculadas con la religiosidad popular, miembros de la vida parroquial que no tuvieron oportunidad en su momento de profundizar en su vida de fe, aquellos otros que no se han alejado de la vida cristiana, pero son inconstantes, practican poco, seleccionan los núcleos de su fe...

Este grueso número de bautizados llaman a la Iglesia para que les ofrezca un proceso de iniciación cristiana mediante un acompañamiento que posibilite, primero, el despertar a la fe y, después, con ejercicio maternal, avanzar en el aprendizaje de la vida cristiana para culminar con la profesión de fe madura y un corazón nuevo convertido.

Muchos métodos y acciones nuevos de segundo anuncio para despertar la fe

En la Iglesia han surgido en los últimos tiempos distintos métodos que buscan precisamente ayudar a muchos creyentes a revitalizar su fe. Cada uno con su estructura propia y con su modo de hacer característicos desean ofrecer a los alejados de la fe a Jesucristo para que se despierte en ellos el deseo de seguirlo, de ser sus discípulos, de amarlo y de imitarlo. Todos ellos están contribuyendo a que la Iglesia anuncie la salvación traída por Cristo y que da sentido y horizonte a la existencia. Junto a estos métodos, en las parroquias, comunidades religiosas o movimientos laicales también se proponen iniciativas que tienen los mismos objetivos y que están dando frutos. Todos ellos son signos de esperanza porque harán florecer a la Iglesia.

Sin embargo, estos métodos y acciones que se realizan para el segundo anuncio del Evangelio no pueden convertirse en sí mismas en el principio y el final de la evangelización. En efecto, no solo buscamos hacer surgir de nuevo la fe, sino afianzarla y darle crecimiento por medio de un proceso que termine haciendo discípulos de Cristo con madurez. Por lo tanto, estos métodos y acciones de primer o segundo anuncio deben animar a quienes participan a que realicen un itinerario de fe, un catecumenado, que posibilite a quien se ha deslumbrado por la luz de Cristo poner las raíces de la vida cristiana y hacer madurar su fe y su conversión. Solamente cuando hagamos entre todos un proceso unitario será posible iniciar con autenticidad en la fe a los que desean ser cristianos. Los métodos y las acciones son un medio para llegar al fin que es la iniciación cristiana de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No puede terminar el itinerario cristiano con los primeros balbuceos, ya

que estaríamos dañando y engañando a la persona. Necesitamos que la gracia divina avance en la persona para que esta viva en comunión con Cristo y adquiera su forma de ser y de vivir y esto solamente lo da un camino de profundización o catecumenado. No podemos quedarnos en el primer peldaño, más bien estamos obligados a ascender en la escalera que conduce a la profesión de fe y a la integración en la vida cristiana de quien participa en esos métodos o acciones.

Etapas del proceso de la evangelización

Hacerse cristiano comporta un proceso y un camino en el que entran en juego la gracia de Dios, la actitud de quien está recorriendo el camino, la actividad de la Iglesia y el contexto en el que se desarrolla¹⁴. El itinerario se sustenta en el anuncio y en la liturgia. Se recorre el camino de la mano de otros cristianos que acompañan al grupo y a cada uno en particular en su avance espiritual. Todo este proceso espiritual tiene unas etapas que son las que ayudan con sus objetivos, catequesis y celebraciones a que paso a paso el iniciando vaya madurando su fe y se consolide en ella.

PRIMERA ETAPA: EL PRECATECUMENADO

Cuando la persona muestra simpatía por Jesucristo y por el Evangelio, quien la ha acompañado en los balbuceos de la fe, la lleva de nuevo a la Iglesia para que sea acogida por los pastores y los responsables. La fe no es patrimonio de los evangelizadores, debe quedar claro que la fe que se propone es la fe de la Iglesia y es la Iglesia la que abre los brazos a quien desea reiniciarse en ella y le hace la propuesta de la precatequesis.

En el ámbito eclesial se organiza un grupo de simpatizantes a quienes se acompaña anunciándoles lo nuclear de la fe con el fin de que investiguen si se adhieren o no a ella, al tiempo de que entren en contacto con los miembros de la comunidad y vean si quieren formar parte de esta.

¹⁴ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 5.

El primer tiempo, o etapa, por parte del candidato exige investigación, y por parte de la Iglesia se dedica a la evangelización y precatecumenado, que acaba con el ingreso en el grado de los catecúmenos¹⁵.

En efecto, el segundo momento del tiempo del precatecumenado tiene que posibilitar la catequesis sobre el kerigma, la reflexión sobre él, la introducción en la vida comunitaria y la práctica de los primeros pasos en el encuentro con Jesucristo y en la experiencia de fe.

En este periodo se hace la evangelización, o sea se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo. Enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos [en nuestro caso los ya cristianos porque poseen el don del bautismo], al disponerles el corazón el Espíritu Santo, crean, se conviertan libremente al Señor, y se unan con sinceridad a él, quien, por ser el camino, la verdad y la vida, satisface todas sus exigencias espirituales; más aún, las supera infinitamente¹⁶.

De la mano del catequista, el grupo de simpatizantes, iluminados por la gracia divina, se dejarán tocar por el Señor y experimentarán su cercanía y la de los cristianos. De manera misteriosa nacerá la fe inicial, una fe incipiente pero que está dispuesta a crecer, florecer y dar fruto, y el deseo de conversión, es decir, el descubrimiento de que la propia vida debe cambiar y mejorar, seducida por el conocimiento de Cristo Jesús. Ahora el creyente se pondrá en las manos de la Iglesia para que lo acompañe en ese crecimiento como una madre. Ha cambiado de la posición de la indiferencia ante la fe y ante Dios a la búsqueda de la fe y de una nueva vida que le permitirá encontrar el camino para realizarse como ser humano y alcanzar la felicidad que anda buscando.

De la evangelización, llevada a cabo con el auxilio de Dios, brotan la fe y la conversión inicial, con las que cada uno se siente arrancar del pecado e inclinado al misterio del amor divino. A esta evangelización se dedica íntegramente el tiempo del precatecumenado, para que madure la verdadera voluntad de seguir a Cristo y de pedir el bautismo [en este caso de renovarlo en su corazón]¹⁷.

¹⁵ RICA, *Observaciones previas*, 7.

¹⁶ RICA, *Observaciones previas*, 9.

¹⁷ RICA, *Observaciones previas*, 10.

El anuncio del kerigma busca que el candidato pueda encontrarse con Dios y tenga sus primeras experiencias de fe. Para ello se precisa que se lo ayude con oraciones adecuadas¹⁸. Por lo tanto, la precatequis no está referida a lo doctrinal sino más bien a posibilitar un conocimiento interno de Cristo que permita la experiencia de fe y el deseo de emprender un camino de seguimiento.

[Habla de los requisitos para acceder al rito de entrada en el catecumenado] Para dar este paso se requiere en los candidatos una vida espiritual inicial y los conocimientos fundamentales de la doctrina cristiana: a saber, la primera fe concebida en el tiempo del precatecumenado, la conversión inicial y el deseo de cambiar de vida y de empezar el trato con Dios en Cristo, y, por tanto, los primeros sentimientos de penitencia y el uso incipiente de invocar a Dios y hacer oración, acompañados de las primeras experiencias en el trato y espiritualidad de los cristianos¹⁹.

SEGUNDA ETAPA: EL CATECUMENADO

Después de celebrar el rito de entrada en el catecumenado, comienza la segunda etapa que necesita tiempo para que el catequizando pueda convertirse y avanzar, paso a paso, en la vida cristiana.

El catecumenado es un tiempo prolongado, en el que los candidatos reciben la instrucción pastoral (la catequesis) y se ejercitan en un modo de vida apropiado, y así se los ayuda para que lleguen a la madurez las disposiciones de ánimo manifestadas a la entrada²⁰.

En el catecumenado se tiene que realizar una catequesis adecuada que presente íntegramente la fe cristiana de manera sistemática y orgánica, acomodada al año litúrgico y al domingo como día del Señor, con un lenguaje adaptado a los destinatarios. No solo se presentan los dogmas y las verdades de fe, sino también un íntimo conocimiento del misterio de la salvación²¹.

¹⁸ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 13.

¹⁹ RICA, *Observaciones previas*, 15.

²⁰ RICA, *Observaciones previas*, 19.

²¹ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.1.

De la misma manera, los catequizandos tienen que ejercitarse en la práctica de la vida cristiana en todas sus dimensiones: aprenden a orar, a vivir la vida en Cristo, a celebrar los sacramentos y la liturgia cristiana, a hacer apostolado, a ejercitarse en la caridad para con todos, especialmente con los pobres, a tener los sentimientos de Cristo. En definitiva, a emprender un camino espiritual²².

Por otra parte, durante este tiempo celebrarán los ritos propios de este momento: celebraciones de la Palabra, exorcismos menores y bendiciones. Crecerán en un conocimiento de lo que se celebra en cada rito litúrgico, especialmente del sacramento de la eucaristía²³.

Los catequizandos deben aprender a cooperar activamente en la evangelización y en la edificación de la Iglesia con el testimonio de su vida y la profesión de la fe²⁴.

Es una etapa propicia para que se afiance la fe y el creyente aprenda la vida cristiana con la catequesis y con el ejercicio de ella de la mano de su catequista que lo orientará y lo animará en sus dudas y dificultades.

TERCERA ETAPA: PURIFICACIÓN O ILUMINACIÓN

Después del rito de elección, el catequizando entra en una etapa de preparación para renovar en la noche de la Vigilia pascual su fe. En este tiempo, que coincide con la Cuaresma, se dan unas catequesis espirituales que permitan un conocimiento más íntimo de Cristo y una purificación de aquello que es débil en la vida del que quiere renovar su fe. Se realizan los escrutinios y las entregas del símbolo de la fe y del padrenuestro²⁵.

CUARTA ETAPA: LA MISTAGOGÍA

Renovada la fe en la Vigilia pascual, comienza el tiempo de pascua que será el propio para una catequesis mistagógica. Estas catequesis mista-

²² Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.2.

²³ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.3.

²⁴ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 19.4.

²⁵ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 21-26.

gógicas pretenden dar una explicación espiritual de los sacramentos del bautismo, la confirmación y la eucaristía. Los catequizandos irán avanzando en el descubrimiento de todo lo que entrañan estos sacramentos y de cómo vivirlos y de sus exigencias. Además, en este tiempo se invita al ejercicio de la caridad y a integrarse en la comunidad cristiana. Tienen que descubrir la vocación que el Señor les ofrece y su entrega y servicio en la comunidad de la que ya forman parte. Culmina este periodo con la celebración de la fiesta de Pentecostés²⁶.

El catecismo de adultos *Buscad al Señor*

La Iglesia de España con el fin de ayudar a los catequistas y sacerdotes en la tarea de la iniciación cristiana de adultos ha publicado un catecismo llamado *Buscad al Señor*. En él se encuentra el itinerario descrito anteriormente con el fin de que el catequizando pueda pasar de una etapa a otra del proceso de hacerse cristiano. El mismo itinerario se va afianzando paso a paso en el seguimiento del recorrido de sus temas. No busca ni pretende una mera transmisión de conocimientos doctrinales, su pretensión es ayudar al catequizando al encuentro con Cristo y a ir aprendiendo el camino de la vida cristiana por medio de un lenguaje adecuado y respondiendo a los planteamientos de quienes lo están utilizando.

Junto al catecismo *Buscad al Señor* está la guía para la catequesis. El catecismo es para la catequesis. Catecismo y catequesis se necesitan mutuamente. La guía orienta al catequista y al sacerdote en la catequesis. No es un añadido. Es un recurso imprescindible. En el proceso de iniciación cristiana la liturgia y los ritos tienen un valor determinante. Por ello se acompaña el catecismo *Buscad al Señor* y a su guía con una carpeta de las celebraciones fundamentales del proceso iniciatorio.

Catecismo de adultos, guía y carpeta de celebraciones son unos instrumentos al servicio de la iniciación cristiana de adultos como ayuda y orientación de aquellos que tienen la preciosa misión de iniciar en la fe.

²⁶ Cf. RICA, *Observaciones previas*, 37-40.

Conclusión

Buscamos cómo acompañar en su proceso de fe y de conversión a aquellos que se encuentran con Jesucristo y desean ser cristianos después de anunciarles por segunda vez el Evangelio. El despertar su fe, engendrar en su corazón la semilla del Dios vivo y hacer que tenga sus primeros brotes. La invitación gratuita de Dios a hacer camino con el pueblo de Dios y la respuesta del oyente ante la propuesta. Ambas convergen en la fe inicial y el deseo de conversión. Después llega el acompañamiento de la Iglesia por medio del catecumenado con el fin de que puedan ser discípulos maduros.

Es cada vez más numeroso el grupo de quienes solicitan a la Iglesia, después de un tiempo de inquietud y búsqueda de la fe, el don del bautismo, precedido de una sólida iniciación cristiana. Sin embargo, somos consciente de la gran masa de quienes de niños recibieron el don del bautismo, participaron en la catequesis de infancia, y quizás de adolescencia, fueron educados en un colegio de ideario cristiano, recibieron valores sociales y culturas cristianas..., pero la fe no enraizó en ellos, se cansaron de ella o el ambiente los arrastró para no tenerla en cuenta, consolidando una indiferencia hacia lo religioso cristiano. Estos alejados de la fe ya poseen la gracia bautismal oculta en su corazón, la cual hay que despertarla de nuevo y ponerla en valor.

Estos cristianos sacramentados, pero no evangelizados, son un grupo que debe suscitar a la Iglesia una seria reflexión con el fin de ver cómo llegar a ellos y hacerles una propuesta renovada de la fe y de la vida cristiana. Este es uno de los mayores retos de la Iglesia de nuestro tiempo. No hablamos de un puñado de personas, nos referimos a un grueso bastante numeroso de ya discípulos de Cristo que viven al margen de lo que son. ¿Es necesario que la Iglesia se proponga salir al mundo donde viven estos hombres y mujeres y hacerles en su realidad existencial la propuesta del Evangelio que abandonaron? ¿Tiene la Iglesia el ardor necesario para acometer esta hermosa tarea evangelizadora? ¿No es este quehacer un reto ilusionante y esperanzador que va a renovar las comunidades parroquiales, asociaciones y movimientos apostólicos?

«Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn 10,16). Las ovejas que abandonaron el redil hay que ir en busca de ellas y encontrarlas. Cuando las encontremos tenemos que compartir lo que son, escuchar, dialogar, sufrir y gozar juntos, sanar sus heridas si es necesario, proponer la vuelta a Jesucristo como el camino para el sentido de la vida. Hacer el esfuerzo evangélico de interesarnos por sus vidas para que en ellas Dios vuelva a ofrecerse como salvación.

Esta tarea es un reto exigente que necesita poner en acción a cada uno de los miembros de la comunidad cristiana para que emprendan la misión de llevar el Evangelio a quienes ya disponen de la semilla de la fe en su corazón para hacerla germinar y dar fruto.

No podemos contemplar la realidad desde el desencanto y la queja. Los que se fueron, o nunca llegaron a entrar, necesitan no solo el testimonio coherente de quien vive con él, sino la referencia de una comunidad que vive el Evangelio y lo anuncia porque es un tesoro para ella. Descubrir un testigo con profundo ardor misionero y una comunidad de discípulos que camina por el Evangelio y hace presente el reino de Dios replanteará su indiferencia religiosa y permitirá acoger la propuesta de la buena noticia para hacerla suya y recomenzar en la fe cristiana.

Necesitamos formar a los creyentes en aquello que tanto subraya el papa Francisco, que cada cristiano sea discípulo y apóstol, misioneros en los ambientes donde desarrolla su existencia.

Aquí está, desde nuestro punto de vista, la gran misión de la Iglesia hoy: reconducir hacia Jesucristo a quienes se han alejado de él, para que vuelvan a su redil y gocen de las hermosas praderas de su reino.